

## Belleza pura

**E**n Lisboa, por consejo de unos amigos madrileños, el 2000 fui a conocer la barbería donde se atendía Fernando Pessoa. Allí había una postal publicitaria que anunciaba una exposición en la casa museo del poeta, dedicada a conmemorar los 500 años del descubrimiento de Brasil. Llevado por estos pequeños detalles casuales, partí a ver la muestra, que entre muchas cosas me enseñó que Brasil fue descubierto en un lugar del estado actual de Bahía llamado Monte Pascoal, por la fecha en que se hizo el hallazgo, cerca de Pascua.

Ese año, en la Escuela daba clases de taller con Marcelo Araya, con quien además conformábamos el Grupo Ruta, entre cuyas labores estaba la de definir el lugar de travesía. Así que de inmediato le mandé desde Portugal una carta a Marcelo contándole que me parecía haber resuelto el destino de nuestro viaje. Decidimos ir a monte Pascoal.

Sin embargo, cuando fuimos nunca llegamos a Monte Pascoal porque se nos ocurrió tomar el camino largo, por el desierto hacia Paso Jama, y en medio de la cordillera de los Andes el bus se fundió. Si bien viajábamos en cuatro buses, el nuestro, el que se fundió, iba primero por ser responsable de señalar el trayecto. Para no darnos por vencidos y volver frustrados con la travesía a medias, amarramos el bus averiado a uno de los que aún funcionaban y seguimos adelante, bajando la cordillera con mucha adversidad. En esas condiciones atravesamos Argentina hasta Brasil, donde por fin encontramos un taller y pudimos contactar un servicio que nos permitiera reemplazar el bus malo.

Entonces apareció Cristóbal, o más bien Cristobao —como le escuchamos decir arrastrando el sonido de las dos últimas vocales—, un personaje

clave para el resto del viaje. Su gruesa y única ceja le enmarcaba el rostro en un rasgo que parecía coincidir con su carácter adusto. Cristobão se tomó muy en serio su rol de guía, llevándonos con destreza a todos los lugares que se nos ocurría visitar, barriendo de un plumazo con nuestros planes pretenciosos sobre la ruta, mientras la aspereza de su carácter se suavizaba a medida que nos conocíamos.

Fue en Porto Seguro, el lugar más cercano a Monte Pascoal al que pudimos llegar, donde terminamos levantando la obra. Algo parecido le ocurrió a los primeros portugueses que arribaron hasta ese lugar: la imposibilidad de alcanzar Monte Pascoal hizo que se desviarán hacia el norte, desembarcando en Porto Seguro, y a ese auxilio se debe su nombre.

Cuando terminamos la obra, Cristobão, que había seguido fascinado el proceso de punta a punta, se quedó mirándola en silencio durante unos minutos y luego de esa pausa, en una especie de suspiro, con la cadencia propia de su idioma, dijo dos palabras que fueron el remate más perfecto que se podía esperar: *beleza pura*.

Rodrigo Saavedra Venegas